

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23): *¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad!*

Salmo (89, 3-4.5-6.12-13.14 y 17): *«Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación»*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-5.9-11): *Buscad los bienes de arriba.*

Evangelio (Lucas 12, 13-21): *Guardaos de toda clase de codicia.*

Es muy difícil lograr que los herederos consideren justa, sea cual sea, la distribución de bienes. No faltará alguno que piense que a él o a ella debería tocarle algo más. Es casi seguro que habrá envidias y que en no pocas ocasiones, en lugar de recibir con gratitud lo que ni siquiera era suyo, comiencen a hablar mal de quien, en su opinión, no supo apreciar su valor, su dedicación, y dejarles todo lo que se merecen.

La primera lectura, comenzaba diciendo que “*todas las cosas, absolutamente todas, son vana ilusión*”, o como dice la traducción más apegada al griego: **«Vanidad de vanidades, todo es vanidad»**. Lo peor es que, en opinión de Qohélet, esa no es la única vana ilusión. Vanidad, futilidad, carencia de sustancia, ilusión. Puede parecernos una visión muy pesimista, pero en el fondo sabemos que en parte tiene razón. Qohélet, sin duda, comía, se vestía y se preocupaba del sostenimiento de su familia, aunque fuera austeramente.

La avaricia es una de las varias actitudes negativas que san Pablo ve que hay en nosotros y a las que pide les demos muerte. Él señala la avaricia como **«una forma de idolatría»**. El avaro, en realidad, no tiene dinero, es el dinero quien posee al avaro. San Juan de la Cruz, hombre de pequeña estatura, pero inmenso en santidad, escribió: **«En el ocaso de nuestra vida seremos juzgados en el amor»**. ¡En el amor! No en el éxito financiero. O en palabras de Jesús: **«La vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea»**.

No es fácil pensar y hablar sobre esto en una sociedad en la que muchos se dejan llevar por las apariencias y juzgan a los demás por la cantidad de bienes que poseen o por la cantidad de dígitos en sus cuentas corrientes. *“¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién serán todos tus bienes?”*. Jesús nos ayuda a poner las cosas en su lugar, con su invitación a no amontonar riquezas para uno mismo y a hacernos ricos de lo que vale ante Dios.

No estaría mal, si todavía no lo hemos hecho, que reflexionemos bien sobre nuestra herencia, esa que hemos recibido de nuestros antepasados... ¿Una carga genética?, ¿cierta educación?, ¿el aprecio de unos valores?, ¿quizás algunos bienes materiales, ¿algún recuerdo especialmente significativo?, ¿algo de sabiduría? Y que pensemos también en la herencia que estamos transmitiendo a los que llevas en tu corazón y a los que necesitan de ti. ¿Qué han recibido, que están recibiendo y que van a recibir de ti? No vaya a ser que, por nuestra insensatez, algunos amen nuestros bienes más que nuestra persona.

El seguimiento de Jesús genera radicalidad. La experiencia de la pobreza, lo mismo que la castidad y la obediencia, como fundamento de la existencia, brota de la sabiduría de la fe, será importante descubrir cuáles son nuestras resistencias a esta sabiduría de la fe. La respuesta que da Jesús a quien le cuesta gestionar los conflictos, a propósito de la codicia en concreto, forma parte de la radicalidad que Jesús pide a sus discípulos.

Pero la radicalidad con Jesús no brota del esfuerzo humano. Es posible que, cuando uno busca dentro de sí mismo de dónde le brota la necesidad de acumular, se dé cuenta de que tiene algunos miedos, tendencias a calcular o a controlar. Y uno experimenta una sensación de tibieza que no es la tibieza del cómodo. Es una auténtica prueba de fe. ¿Hay algún punto en vuestra vida en que notáis que tenéis que dar el paso hacia la sabiduría de la cruz? una mediación frecuente suele ser la obediencia a la voluntad de Dios. Pero pueden ser también heridas no curadas, personas a quienes he hecho daño... la sabiduría de la cruz nos lleva a perder la vida para ganarla.

La radicalidad evangélica es profundamente paradójica, lo puede todo, hasta el martirio y, sin embargo, no depende de ningún heroísmo. La mirada que Jesús ofrece sobre la codicia que busca acumular nos facilita un criterio para el discernimiento acerca de la fundamentación de la existencia, que es descubrir la dinámica de mi afectividad. Una afectividad que no depende de lazos naturales o de sangre, sino de la vinculación a la persona de Jesús. Y una afectividad así centrada en la persona de Jesús va haciéndose más libre desde dentro a la hora de vivir con libertad el tener y el modo de tener.

La radicalidad del seguimiento que fundamenta la libertad en el tener y el modo de tener tiene un carácter permanente, ya que es procesual y no brota de un orden de perfección. Carácter permanente significa que hay que cuidarlo, recrearlo y renovarlo continuamente. La radicalidad, además, brota del amor de Jesús y a Jesús en la vida ordinaria.

Toda radicalidad se concentra en el amor. Y recordemos la síntesis de Jesús: come con publicanos y con fariseos, sabe descansar y se deja devorar por la gente. El amor no es sistematizable. Conviene revisar si buscamos en nuestra vida la radicalidad en cosas especiales o, por el contrario, vamos entregándonos en las cosas sencillas, en el anonimato, en lo escondido; sabiendo escuchar, perdiendo el tiempo por otros y con otros, desprendiéndose de uno mismo.